



100 días de gobierno: todavía no se ve la 4T

* Por Bulmaro Pacheco

En el discurso oficial del gobierno federal predomina la obsesión sobre una Cuarta Transformación de México que todavía no alcanzamos –cuando menos en sus bases y sus esquemas, a divisar del todo. Como tesis, el argumento no es nuevo ni original. Ya antes, los académicos John Micklethwait y Adrian Wooldridge habían planteado la “Cuarta Revolución” como una carrera global que busca reinventar al Estado, e identifican la primera en el siglo XVII, la segunda a finales del XVIII y principios del XIX, la tercera la ubican en la invención del Estado de bienestar y definen la necesidad de una cuarta, porque el mundo emergente necesita reformas para seguir avanzando. “Hay un carrera mundial, pero está basada en promesas tanto como en el miedo”. Y concluyen: “Se puede gobernar mucho mejor, poner al Leviatán bajo control, será la cuestión central de la política global debido a la confluencia de tres fuerzas: El fracaso, la competencia y la oportunidad”. Otro que se refiere a una cuarta revolución –ésta industrial– ha sido el investigador Klaus Schwab, del Foro Económico Mundial, que sostiene: “Lo que considero la cuarta revolución industrial no se parece a nada que la humanidad haya experimentado antes: La primera (1760-1840) del ferrocarril y el motor de vapor, la segunda, de finales del XIX –de la electricidad y la cadena de montaje– y principios del XX, y la tercera, de 1960 en adelante, conocida como la digital o del ordenador. La cuarta es la que estamos experimentando actualmente”. El nuevo gobierno federal parte de que en México ha habido históricamente, tres transformaciones que han definido el rumbo histórico

de la nación: La Independencia, la Reforma y la Revolución, y que a partir de la elección de julio pasado están dadas las condiciones para iniciar una cuarta etapa, –una cuarta transformación–, igual o de la misma dimensión que las tres anteriores, tanto por su trascendencia histórica como por sus consecuencias para México. Está

por verse.

El presidente López Obrador empezó a su estilo esa nueva etapa (o 4T) a través de símbolos, para aterrizar con lo que a su juicio rompía con el pasado inmediato: Ya no vivir ni despachar en la residencia oficial de Los Pinos, utilizada por los presidentes de México desde que se sustituyó al Castillo de

Chapultepec en 1934.

Por lo pronto, vivir en su casa particular y despachar en Palacio Nacional; desaparecer al Estado Mayor Presidencial, reformado desde la presidencia de Venustiano Carranza (1916); quitarle las pensiones a los ex presidentes de la República, vigentes desde el gobierno de Luis Echeverría y reformadas por Miguel de la Madrid; sacar de circulación el avión presidencial y viajar en aviones de línea comercial; y no utilizar la flotilla de vehículos oficiales –que posteriormente fue rematada–. Cancelar el proyecto avanzado del nuevo aeropuerto de la Ciudad de México (NAIM), y aterrizar el proyecto del tren Maya entre otras prioridades.

En lo administrativo, bajar el salario del presidente hasta los 108 mil pesos mensuales y trabajar con el Congreso para una ley de remuneraciones, donde quedara reglamentado (artículo 127 de la CPEUM) que ningún funcionario federal podrá ganar más que el Presidente.

También mediante reformas a la Ley Orgánica de la Administración Pública federal, anunciar la creación de los “súper delegados especiales” del gobierno federal –dependientes directamente del presidente de la República–, para vigilar la aplicación de los programas sociales en estados y municipios, y trasladar –descentralizar– la sede de las secretarías de Estado y los principales organismos gubernamentales de la federación a diversas entidades de la República. Al final los “superdelegados” quedaron como modestos representantes de la ex Sedesol (hoy de bienestar) y la descentralización de las dependencias federales al parecer esperará otros tiempos.

En su política social; prioridad a los siguientes programas: Pensión para el

